

mos, para sacar mayor fruto de la meditacion que en este tiempo se consagra á la Pasion del Redentor.—Muchos, que en el resto del año la tienen olvidada, la recuerdan ahora conmovidos y fervorosos, sorprendidos de que sucesos tan sublimes no tengan á la humanidad en perpétua adoracion y confusion.

De aquí que los creyentes, y aún los que no lo son, sientan renacer en su alma en estos días santos la fé de la primera edad, se entreguen á la oracion y á las prácticas piadosas, y olviden las disipaciones y los compromisos del siglo. Los templos se ven más concurridos que nunca, crece el auditorio al rededor de los oradores sagrados, y por millares de millares se cuentan los que se acercan al tribunal de la penitencia y á la Mesa de los Ángeles.

Estas maravillas, obra de la gracia, demuestran además que la humanidad está firmemente adherida al Árbol augusto de la Religion, y que para separarla de él no bastarán nunca ni el huracan de la impiedad, ni los vaivenes y vacilaciones de los hombres.



CARÁCTER Y COSTUMBRES.

I

APÉNAS si se encontrará carácter más voluble que el nuestro, génio más descontentadizo, aspiraciones más raras é inexplicables que las que abriga nuestro público. Nada hay fijo, nada es permanente entre nosotros, siquiera se trate de cosas que merezcan la atencion. La sociedad mexicana parece que se ha acostumbrado ya á verlo todo sin cuidado y sin exámen; á veces con descuido, á veces con la más criminal é irritante indiferencia. Ora se entusiasma con alguna idea nueva que se le presenta, para luego abandonarla; ora la recibe y la ve al través de una tonta frivolidad; ó ya finalmente, critica con acritud y se lamenta de que nada corresponda á la importancia y valer que ella misma se da.—De aquí tantas contradicciones, tantos errores en el obrar, tantos juicios apasionados, y tantas y tan frecuentes injusticias.

Si carecemos de diversiones y el fastidio es nuestro único y forzoso compañero, las lamen-
C.—8

taciones, las quejas y los buenos propósitos que todos se hacen, no tienen medida.—Deseamos que venga la ópera, que nos visiten buenas compañías de verso, que honre nuestros teatros alguna celebridad artística contemporánea. Nos prometemos hacer cualquier sacrificio en bien de la deidad salvadora, del génio bienhechor que nos divierta y cautive, ya con los primores del arte en hermosos espectáculos, ya con extrañas y verdaderas novedades. Pero nuestro público se parece á un niño que desea y se desespera por un juguete, y que tan pronto como lo tiene, lo desprecia y lo rompe por inútil é inservible. Y si no, véamos lo que pasa.—Viene la ópera. Todos hablan de ella desde que se sabe que ha llegado á Veracruz; todos piensan ir al teatro sin perder una función, y se entusiasman con la risueña perspectiva de dos ó tres meses de espectáculos líricos. Se hacen anticipadamente conjeturas sobre el mérito de los artistas, según las noticias que de ellos se tienen; se leen y se comentan los programas que publican los periódicos, y nadie falta en Buenavista el día que llega la compañía. ¡Qué curiosidad, qué alegría! ¡Con qué entusiasmo se recibe á los viajeros, qué atenciones se les dispensan, con qué fina galantería hablan á las damas, qué delicadeza de lenguaje y de maneras! Diríase en esos momentos que es este pueblo el pueblo más artista de la tierra.

Sin embargo, ninguna de aquellas demostraciones es hija del entusiasmo artístico. El pollo insustancial y pretencioso se alegra de la venida de la ópera, porque va á tener un nuevo teatro

donde lucir el prendido de su corbata; la coqueta, palco desde el cual podrá dirigir engañadoras miradas á los que la halagan y adulan; el imberbe galán, repetidas oportunidades de ver de cerca á la niña que le tiene cautivado. Y así los demás: éste su vanidad de ostentar en cada noche un traje nuevo; aquel la esperanza de alcanzar en pleno teatro un triunfo sobre su rival; ésta, la ambición de atraer á sí todas las miradas; aquella, el orgullo de maravillar á la concurrencia con el brillo y la riqueza de sus joyas; todo, ménos el amor al arte, ménos el deseo de disfrutar de goces delicados y puros.

La concurrencia, en las primeras funciones, es numerosa y distinguida; despues va disminuyendo, disminuyendo, hasta quedar el teatro desierto. ¿Dónde están los que se regocijaban con la llegada de la ópera? ¿Dónde los que se fastidiaban con la falta de espectáculos? ¿Qué se hicieron aquellos amantes platónicos del arte, tan celosos de su cultivo y adelanto?—Si se les encuentra en la calle y se les pregunta por la última función, dirán bostezando que no estuvieron en ella.

—La compañía no sirve. Era mejor Tamberlick; cantaba con más expresión la contralto que vino con Pozzo; había más dulzura y sentimiento en la voz de la Peralta cuando trabajó hace veinte años.

—Esta compañía no da espectáculos nuevos—dicen otros.—¡Siempre *El Trovador*, *Ruy Blas*, *Fausto*, *Rigoletto*!

Resultado: que la empresa, al abrir el segundo abono, apenas si puede cubrir los gastos; al

concluirlo no puede ya sostenerse, y se arruina. —Al ver estos cambios, estas volubilidades verdaderamente inexplicables, fuerza es confesar que sólo depende del malo, malísimo gusto que reina entre nosotros. No se comprende cómo hay quien prefiera las payasadas de la *Gallina Ciega*, al delicioso y bellissimo cuarteto de *Rigoletto*, á las melancólicas y sentidas notas de *Lucía y Sonámbula*; siendo lo más notable, que esta depravacion de gusto se halla más arraigada y es más general en aquella clase de la sociedad que dispone de mayores elementos para formárselo fino y delicado, oyendo diariamente en el piano trozos de buenas óperas y recibiendo quizá una excelente educacion artística.

II

Y bien: careciendo de animacion nuestros teatros, ¿tiene la sociedad mexicana otros círculos donde reunirse? ¿hay otros goces que ocupen el lugar de aquellos, con provecho de nuestra cultura y de nuestra ilustracion; ó será que llevamos una vida tan pacífica y arreglada que no tenemos tiempo ni de divertirnos? No, desgraciadamente: nada de esto sucede; ántes parece que entre nosotros faltan elementos para amenizar la existencia con algunas gratas distracciones propias de toda sociedad juiciosa y expansiva.—No hay tertulias de salon, tan necesarias para que las familias se conozcan y se traten; no hay conciertos, donde el artista pueda estudiar y afinar su gusto, y el público aplaudir el mérito: no hay veladas literarias, donde el

naciente poeta halle estímulo y consejos, el orador teatro y auditorio ante quien lucir sus buenas dotes; el estudiante, honesto entretenimiento, y la juventud femenina, oportunidad de aprender á discernir el valor verdadero del prestado y falso; no hay, en fin, en nuestra sociedad nada de aquello que pudiera interesarla vivamente, ofreciéndole goces para la inteligencia y el corazon.

¿Cuál es la vida en México? Sin referirme á aquellos que la pasan en medio del trabajo, y tal vez de las privaciones, todos aquí viven en la ociosidad más tonta.—El rico contempla sus tesoros, acaricia deseos de aumentarlos, muchas veces empleando medios que reprueba la moral, y apénas si lee alguna vez el periódico, para informarse de aquellos sucesos que pueden influir en la marcha de sus negocios. El estudiante falta á cátedra, lee de carrera algunos días la que señaló el profesor, y ejercita poco su entendimiento, con el propósito de redoblar á fin de año sus esfuerzos para salir bien en el exámen; y entre tanto se pasea y se divierte, quita el tiempo á sus compañeros, va al billar todos los días, al juego, á las cantinas, y se olvida de todo. Los que disfrutan de algunas rentas y tienen aversion al trabajo, los diputados, periodistas, gentes sin ocupacion ni obligaciones, pasan la vida en las tercenas y peluquerías, donde forman tertulia y hablan de cuanto quieren: de literatura, sin haber leído nada; de teatros, sin haber estado atentos á la representacion; de política, sin preocuparse del porvenir de la patria; y sobre todo, de crónica escanda-

losa, que es el manjar favorito de sus pláticas. ¡Cómo critican á todo el que pasa, cómo se burlan de la humilde fea, con cuánto sarcasmo hablan de los inocentes maridos! Allí se decide de la reputacion de una mujer honrada, se discuten sus atractivos y sus gracias, se pone en duda su virtud: la lengua de estos vagos distinguidos es una espada terrible que hiera á cuantos toca. ¡Y en esta escuela se educan los jóvenes que más tarde han de ser esposos y padres de familia! En vez de estar sobre los libros cultivando su entendimiento, en vez de recogerse en el hogar doméstico para recibir ejemplos de virtud y piedad paternas, ó para habituarse al trabajo que más tarde puede ser su único patrimonio, van á esos círculos de maledicencia á oír cosas que debían alejarlos de ellos.

Algunas señoras y señoritas, por su parte, pasan tambien el día siguiendo sólo los caprichos de su frivolidad. Muchas van á misa diariamente; pero no pocas hay que la oyen por costumbre, sin devocion ni atencion. Paséanse luego por los cajones de ropa, las joyerías, las tiendas de modas, las perfumerías y sederías; entran algunas veces á ellas, piden el precio de un objeto del aparador, y se marchan; otras llaman desde el coche al elegante dependiente; preguntan por alguna mercancía; la traen, se bajan cajas, piezas, cintas; se abren tercios, se trastorna el almacén, y al fin, llevan cualquier cosa; vara y media de listón, un anillo de á dos pesas, una corbata. Y así se pasa el resto del día.

¿Puede haber vida más triste que ésta?

Es de lamentarse que las ocupaciones intelectuales vayan siendo una mentira entre nosotros: que nadie se ocupe en algo sério y útil, que nadie lea, ni ame la instruccion, sino que todos vayan tras ambiciones innobles, buscando la realizacion de no sé qué absurdos y necios deseos. Y es de lamentarse más todavía que se vea con indiferencia este estado de la sociedad, y que nadie se alarme con él.

III

Es una verdad que la falta de círculos domésticos donde reunirse, es altamente perjudicial á las familias, especialmente para la parte juvenil de uno y otro sexo. No estamos ya, por desgracia, en aquella época en que se comprendían, se amaban y se deseaban los honestos goces del hogar; en que se buscaban distracciones pacíficas en el seno de la confianza, y en que los ánimos se contentaban con poco, con cosas inocentes y sencillas. Hoy se aborrece la vida retirada y de reclusion voluntaria, se huye de la familia, se quiere estar siempre en el mundo, y nadie halla encanto en el oscuro y silencioso cultivo de las artes ni en la lectura de un buen libro.—Los jóvenes, sobre todo, sintiendo en sí la necesidad de la expansion, salen de su casa en busca de amistades ó de placeres; mas se encuentran con que no tienen donde ir, y entónces las puertas del vicio se abren seductoras para ellos. La cantina, el billar, las conversaciones licenciosas, y otras cosas peores, los llaman y los atraen para perderlos. Desde aquel

momento su vida es de ociosidad y de escándalo; tórnanse en insolentes y vanidosos; sus modales cambian; sus sonrisas adquieren cierta expresion de burla y de desden, pierden el respeto á todo, y con el mayor desacato hablan de lo que no entienden.—Las jóvenes, por su parte, condenadas á no tratar en la sociedad, á no frecuentarla llevando por guía la discrecion maternal, y sintiendo, sin embargo, vehementísimos deseos de conocerla, entréganse á la lectura de novelas inmorales, de cuadros repugnantes que ajan su pudor y su inocencia; y tambien se pierden. Y de aquí que algunas sean frívolas y coquetas, que no sepan conversar, y que tengan malísimo gusto para todo. Porque ¿cómo se lo han de formar bueno si no tienen teatro donde ejercitarlo? ¿Cómo ha de haber amenidad en su conversacion, si les falta el hábito del trato social?

Es cierto que algunas veces se perjudican más las jóvenes con la frecuencia del mundo, que con el aislamiento y la soledad en que viven; pues en aquel, pronto puede nacer la aficion al lujo, y léjos de luchar para vencer las tentaciones, quizá fácilmente se dejarán llevar de ellas. Mas es una verdad tambien que si se procurara poner á esto una sólida barrera en la virtud, serían incalculables los beneficios que resultarían á la sociedad de la presencia de las jóvenes en los círculos de reunion.

Y aquí surge una cuestion interesantísima y trascendental: ¿conviene que las mujeres frecuenten los espectáculos? ¿es de alguna utilidad verlas en medio de ellos?—Acaso el actual es-

tado de las costumbres nos dé una respuesta negativa; porque, como dice D. Severo Catalina, “los espectáculos hoy vienen á ser el gran gimnasio de la belleza y de las modas.” Sin embargo, es indudable que estos peligros desaparecerían teniendo la mujer una educacion sólida y esencialmente cristiana, pues así encontraría en ella una defensa constante á su virtud. Ni los deseos de figurar, ni los halagos del lujo, ni las tentaciones de triunfos amorosos, podrían jamás penetrar en corazones acostumbrados á la virtud y la honestidad. Su misma inocencia sería impenetrable escudo y su candor detendría á los atrevidos. Y este trato frecuente iría tambien estrechando los vínculos de amistad entre las familias, daría á conocer su carácter, sus sentimientos, sus ideas, y los que más tarde pudieran llegar á ser esposos, tendrían oportunidad de estudiarse mutuamente para no sufrir desengaños y para saber á quién entregaban su corazon. Desaparecerían así las dificultades con que generalmente se tropieza en la investigacion de las cualidades y virtudes de las personas; desaparecería el sistema que para enamorar tienen hoy los jóvenes, pues en los salones encontrarían á la elegida de su alma; y habría, por último, en las costumbres, más expansion, mayor confianza, y una dulce y encantadora intimidad.

Aparte de esto, ¿cuántos bienes harían las señoritas en las reuniones á los que asistiesen á ellas! Su trato bondadoso y amable los tendría á su lado siempre, sin darles tiempo de pensar en reprobadas diversiones; su graciosa discre-

cion cautivaría á todos, y les haría comprender el tesoro de belleza y de sentimientos que se encierran en el alma de una mujer virtuosa; su buen gusto influiría de una manera decisiva en el de los demás, y todo, en suma, iríase reformando con la enseñanza y el ejemplo de tan lindas maestras.—La mujer, que es toda poesía, atrae los corazones, los hechiza, hace nacer en ellos nuevas afecciones, y puede llevarlos por el camino que quiera. Nosotros los hombres somos sus esclavos; reconocemos y confesamos su superioridad, y gustosos nos sometemos á su imperio: podemos dejar la gloria, el dinero, un porvenir feliz, si ella lo quiere. Dispuestos estamos siempre á hacer cualquier sacrificio para satisfacerla, para obtener una mirada de sus ojos ó una sonrisa de sus labios. ¿Y qué no haríamos también para impedir que nos odiase ó nos viese con enojo?

IV

Reflexionándolo bien, sólo la mujer podría, en estos tiempos de corrupcion, impedir los desastres que nos amenazan. Porque sólo ellas poseen el secreto de una elocuencia que convence, sólo á ellas las oiríamos con humildad y atencion, sólo sus consejos nos parecerían sabios y acertados, y sólo de sus manos desearíamos recibir el galardón que mereciesen nuestro cambio de costumbres y nuestra buena conducta. Estaríamos pendientes de sus labios para obedecerlas, pendientes de sus ojos para adivinar en ellos lo que no fuese de su agrado; nos

mostraríamos atentos, juiciosos, ilustrados, y en nuestras palabras habría siempre la más exquisita y delicada cortesía. Nadie iría ya á las cantinas, á los cafés ni á los estanquillos de buen tono; nadie buscaría las malas compañías, ni pensaría en el juego, ni soñaría con esos goces que secan la fresca sávia de la juventud para legar á los años venideros una generacion miserable y raquítica. Nadie querría salir de los salones donde los ojos se recreasen en castas hermosuras, y donde el espíritu hallase deleitable esparcimiento, ora en las suaves armonías de un piano, ora en la voz dulcísima de una artista encantadora, ora en la conversacion de una jóven linda y discreta. Amaríase entonces la vida del hogar, la vida de la familia, no la vida del café y de la cantina, que en el decir de un escritor español ha sustituido á aquella. Estas tertulias íntimas serían el mejor y más apetecido descanso de nuestros trabajos.

La influencia, pues, de la mujer en las costumbres públicas y privadas, en la vida del corazón y hasta en la del entendimiento, es grande y decisiva. Siendo por su misma naturaleza fina y delicada, estando dotada de un corazón siempre sensible y dulce, amando con una especie de instinto, que no pocas veces parece milagroso, lo que es verdaderamente digno de ser amado, ella puede gobernar las riendas del sentimiento y llevarle á las fuentes donde pueda nutrirse de saludables aguas.—Empero, y aunque sea triste decirlo, ¿están en aptitud de hacer esto las señoritas de nuestra sociedad?

Los novadores del siglo XIX llegaron ridi-

culizando la educacion que muchos padres daban á sus hijas; éstos se alarmaron, creyendo descortesía no oír los consejos del progreso, y lentamente fueron dejando su primitiva severidad.—“Está bien, dijeron, os damos gusto; ó mejor dicho, hemos comenzado á hacerlo. Nuestras hijas son ya hijas de la moda, siervas obedientes de todos sus decretos; van con las luces del siglo, con las exigencias de la moderna civilizacion. ¿Pero qué nos dais en cambio? ¿Qué educacion, á juicio vuestro, deben recibir ahora nuestras hijas?”—Y los novadores no supieron qué contestar, ó contestaron fundando escuelas en que se enseña á la mujer hermosos conocimientos, si se quiere, pero no los deberes de esposa y de madre que tal vez necesita: y ningun padre de familia se alarmó ante los absurdos y necedades que aquellos decían en libros, periódicos y discursos; y nadie volvió á acordarse de la educacion antigua ni nadie pensó tampoco en buscar otra que la sustituyese. Por eso estamos como estamos.

Así, pues, casi hay que confesar que el medio moralizador de que se hablaba ántes, es por ahora enteramente ineficaz entre nosotros. Y aunque no lo fuese: debemos tener presente que ya no estamos en los tiempos de la edad media, tiempos caballerescos en que se rendía á las damas un culto que rayaba en idolatría, y en que un amante era capaz de conquistar un reino y aún de escalar el cielo, si su amada se lo pedía. Hoy, por desgracia, pocos saben estimar debidamente las gracias y las virtudes de la mujer, pocos le guardan aquella fidelidad an-

tigua que hacía á los hombres agradarla y complacerla. Nuestros jóvenes sólo van tras de aquello que halaga sus gustos, sus pasiones y sus inclinaciones, y dejan á un lado lo que puede contrariarlos ó detenerlos en su desenfreno.—Las señoritas, sin embargo, deben pensar en esto, y emprender una obra de regeneracion. Ellas conseguirán más, sin duda, con su encantadora palabra, que los padres con sus consejos y castigos. La juventud de hoy es por naturaleza rebelde á toda autoridad, pero seguramente no lo sería tanto, si tuviese que obedecer el mandato de unos ojos negros; no lo sería, si supiese que el premio de su obediencia lo tendría despues en una sonrisa de benevolencia y agrado. Ellas, por su parte, y á fin de asegurar más el triunfo, deben rodearse de mayor número de encantos, sobre todo de aquellos que subyugan el alma y se imponen al corazon. Conviene que no se aparten un punto de la estricta y sana moral cristiana; que en su educacion se mezclen al mismo tiempo la humildad, la moderacion y la candorosa sencillez que les comunicaba el régimen antiguo, y la discrecion, el buen gusto, la gravedad que se necesitan para tratar con los hombres de nuestros días. Una educacion que les enseñase á distinguir lo bueno de lo malo sin perjuicio de su inocencia, á ser ilustradas sin caer en el defecto de la vanidad, á ser, en fin, buenas, virtuosas y benévolas: hé aquí lo que las haría más recomendables. Su tiranía, si así pudiera llamarse, sería una tiranía adorable, sería el imperio blando y suave de la virtud y del bien.

Compréndanlo bien las señoritas: de ellas depende quizá que la juventud cambie de sendero, de inclinaciones y de costumbres; que deje de ser frívola y disipada, para buscar en el trabajo las verdaderas fuentes de la riqueza, de la prosperidad y del bienestar; que lea y estudie, en vez de divertirse siempre; que ejerza su actividad en obras útiles, no abandonando por eso el cultivo de sus facultades; en una palabra, de la influencia de la mujer depende quizá que la nueva generacion no venga á ser lo que hoy promete, y que en lugar de ella tengamos en lo futuro una porcion escogida de útiles y honrados ciudadanos.—Consiguiendo estos fines las señoritas harán un gran servicio á la sociedad en que viven.



LA MÚSICA BUFA.

I



QUIÉN no gusta de los tranquilos goces que proporcionan la música y el canto? ¿En qué corazon no hallan eco las melancólicas y suaves notas que expresan los sentimientos humanos? ¡La música! . . . Desde que el hombre nace comienza á deleitarse con ella: en la cuna se duerme oyendo las canciones de su nodriza y de su madre, y en su juventud, sólo á un instrumento armonioso confia la expresion de sus tiernos y delicados afectos. Á la música acude en sus horas de desengaño y de dolor, y en medio del tumulto de las pasiones y del mundo, sólo un canto triste, sólo unos acentos melodiosos, pueden despertar en él ideas é impresiones saludables; porque á su maravilloso influjo se mejoran los sentimientos, se ennoblecen las aspiraciones y deseos, se despiertan dulces recuerdos, que hacen buscar en la meditacion una fuente de consuelo. El amor á la música es por esto señal segura de buen gusto, de ilustracion, y de bondad y delicadeza de alma.

Por desgracia, el torpe materialismo que domina en las sociedades modernas, se ha infiltrado también en los íntimos secretos del arte musical, y ya hoy, á la música del sentimiento ha sucedido la música del placer; á los suaves y mansos goces del espíritu, la ardiente irritación de la sangre; y á la serena melancolía del alma, el loco regocijo de la imaginación, la estruendosa carcajada de la orgía.—La ópera bufa, la zarzuela: hé aquí lo que hoy quieren todos; hé aquí la música que los hijos del siglo XIX necesitan para acompañarse en sus placeres, en sus gritos de febril regocijo, en la confusa agitación de nuestras costumbres; hé aquí, finalmente, la única música propia de nuestra desdichada época. Porque ella alegra el ánimo, y la alegría es lo que se desea á todo trance; enciende el ardor juvenil, y la juventud está sedienta de goces y embriagueces; entusiasmo, y hoy el entusiasmo es la vida, la felicidad suprema, el olvido de todo. ¡Bah! ¿quién se ocupa en sentir, en pensar en los misterios del alma, en conmovirse con honrados y puros afectos? ¿Para qué buscar sencillas representaciones, donde la inocencia y la virtud tengan el principal papel, donde una pasión generosa derrame celestiales resplandores sobre las miserias de la vida?..... Ni las graves y profundas inspiraciones de Beethoven y Meyerbeer; ni los apasionados acentos de Rossini; ni la dulzura y delicadeza de los autores de *Lucía* y *Sonámbula*, pueden ya tener valor alguno ante una sociedad que aplaude sin cansarse *El Proceso del Can-can*, y se entusiasma hasta el delirio con *La vida pari-*

siense; ante una sociedad donde nadie quiere respirar el exquisito aroma del arte, y todos buscan con afán la gritería, la confusión, el bullicio de las escenas del mundo.

No preguntemos, pues, por qué no progresa el teatro, por qué las empresas de ópera se arruinan, por qué falta concurrencia en los conciertos, por qué nadie va á la tertulia de confianza, donde por toda distracción se tocan bellos trozos de la dulcísima música italiana. Nada de eso debe sorprendernos, desde el momento en que veamos cuáles son los gustos y las inclinaciones de nuestro público, y acaso podríamos agregar, del público de todas partes.—De Francia nos ha venido este amor á lo extravagante y nuevo, porque, como decía un ilustre académico español, “allí donde la pudorosa ninfa del teatro volaba un tiempo dignamente engalanada con la veste de plumas que le ciñeron Corneille, Racine y Molière, hoy corre desatentada por los bulevares, ébria y deshonestá, derramando chistes inspirados por la fiebre del sensualismo.”

Y la verdad es, en efecto, que á los extraños espectáculos nacidos últimamente en Francia, debemos en gran parte el malísimo gusto general que reina hoy en ciertas esferas del arte, y que acelera más y más cada día el decaimiento de todo lo bello y noble, de todo lo elevado y puro. Las novelas francesas, inmorales, absurdas y monstruosas, han pervertido por completo las aficiones literarias, ocupando el lugar que ántes tenían las narraciones sencillas escritas en el estilo de *Pablo* y *Virginia*; y ahora la

ruidosa y sensual música de Offenbach y de Lecocq, amenaza también desterrar para siempre de nuestros teatros la representación de obras dramáticas y los espectáculos musicales, siempre amados y deseados por las personas de excelente gusto.

II

Espectáculos musicales he dicho; y quiero suponer que los lectores no me harán la ofensa de creer que me refiero á la zarzuela.—La zarzuela es en realidad la única culpable de lo que hoy sucede en materia de aficiones artísticas. Por ahí empezamos: ella comenzó á corromper el gusto, llamando á los teatros y atrayendo al público, con su mixtura de comedia y de música burlesca, de alegre sainete y de canciones maliciosas y picantes. Esas coplas desaliñadas y sensuales, salpicadas de chistes groseros y sin gracia; esas tonadas que no tienen ni la frescura, ni la ingenuidad, ni ménos la sencillez de los cantares populares; que no expresan sentimientos ni ideas, sino puras frivolidades de gentecilla sin corazón y sin moralidad; esa música toda de broma, de farsa, de pasatiempo y de algo más, ¿qué dicen á nuestro espíritu y á nuestra mente, qué emociones benéficas nos producen? Tan sólo despiertan ciertos instintos y cierto entusiasmo, que no merecen á la verdad calificarse de amor á las artes y á lo bello; sino que más bien alejan de nosotros las aspiraciones hácia otros goces verdaderamente delicados y cultos.—En fin, es indudable que la zarzuela ha

nulificado el teatro, lo ha matado, ha acabado con todo lo que á él iban á buscar las inteligencias pensadoras y sensatas. “Ya no vamos al teatro,—decía un escritor español,—á sentir las emociones viriles de la tragedia. *La Vida es sueño* nos haría dormir. Al *Mágico Prodigioso* preferimos una comedia de magia. Bostezamos con los monólogos de Hamlet sobre la muerte. Á una estrofa del *Prometeo* de Esquilo, preferimos unas cuantas violonadas de Offenbach, este ruiñeñor de Asnières y de Mabilie. El teatro se ha convertido en una orgía donde nos embriagamos de chistes equívocos, y reímos á grandes carcajadas viendo á un pobre soldado convertido, por el arte de amar, en general. Esta Duquesa de Gerolstein es la Julieta de nuestro tiempo, y en alas del *can-can*, va, tierna y amorosa, desde el Louvre hasta el Capitolio, desde las orillas del Rin hasta las orillas del Támesis.”

“Yo abomino la zarzuela—decía otro ilustre escritor, D. Pedro Antonio de Alarcón,—antes por sentimiento, que en fuerza de silogismos. Caésemme el alma á los piés cuando medito en que la música, el arte peculiar del siglo XIX, la más sublime, y hasta si se quiere, la sobrenatural y magnífica expresión de la belleza, no tiene en España otros horizontes en que tender su vuelo, que los estrechos límites á que le reduce este mezquino espectáculo, *mixto como todo lo decadente*.—¿Qué es aquí la música? Una esclava puesta al servicio de un traductor de dramas de brocha gorda. ¿Qué probabilidades de éxito, de ganancias, de gloria, de inmortalidad tiene un compositor en este teatro? Las

que le sobran para hacer reir al público á un maquinista hábil, á un gracioso caricato, á una fábula absurda llena de espantables episodios é increíbles peripecias: ¡nada más! En el mundo no hay más que dos escuelas musicales: Alemania é Italia. Fuera de esto, todo es adulteracion, profanacion, bastardía, oropel y moneda falsa.”

Esto decía el discreto y elegante autor del *Diario de un testigo de la guerra de Africa*. ¿Qué más podré decir yo, sobre todo, refiriéndome á México, donde todo falta, hasta esos “compositores que no tienen en el teatro ni probabilidades de éxito, de ganancia, de gloria y de inmortalidad?”—La zarzuela ha dado ya al traste con las inclinaciones del público hácia la buena comedia, la ópera, los conciertos y los dramas. De hoy en más, la ópera bufa, que es la última profanacion del divino arte, acabará tambien por introducirse en los gustos de nuestros pocos compositores. Y no me refiero á los que por lo comun escriben danzas insustanciales, ligeras y frívolas; hablo de los que estudian y gustan de la música de los grandes maestros. ¿Les será á ellos posible librarse del contagio? ¿tendrán la suficiente fuerza de voluntad para resistir la corrupcion de su buen gusto? Ojalá que sí; pues ellos deben comprender mejor que nadie, el perjuicio que les resultaría de seguir las báquicas inspiraciones de aquella musa ébria y deshonesta de los bulevares, de que hablaba el académico español.

III

Bien seguro estoy de que muchos no piensan como yo, y de que mis palabras han escandalizado ya á algunos lectores.

—¡Cómo!—se dirá—desairar la ópera bufa, esta encantadora novedad de nuestros días; no comprender el mérito de esa música que á todos deleita y embriaga; no entusiasmarse con aquella gracia de la Aimée y de la Judic que enloquece los ánimos y los exalta; no contemplar extasiado aquellos picarescos movimientos, y aquellas maliciosas miradas, y aquellas animadas escenas, y aquellos cuadros vivos y palpitantes de la vida real. . . . vamos, eso es no tener sangre en las venas.

Está bien: yo confieso mi mal gusto, si así quiere llamarse. Pero la verdad es que ni esta música ni estos espectáculos deben ser del agrado de personas sensatas é ilustradas: porque, ¿ganan algo el arte y la literatura con ellos? ¿disfruta el alma de plácido y honesto esparcimiento? ¿tiene el corazon saludables impresiones, tales como aquellas que comunican al espíritu amor al bien, y al entendimiento vigor y rectitud? O qué, ¿tanto hemos descendido ya, que podemos ir tranquilamente á aplaudir los ataques á la moral y á la virtud, las caricaturas del amor, la burla de todo sentimiento noble? ¡Ay! al ver ciertas escenas de las óperas bufas, no comprendo cómo hay padres que lleven á sus hijas al teatro, donde pueden perder su inocencia y sentir ajado su candor; no comprendo

cómo hay esposos que lleven á sus mujeres, allí donde se pone en ridículo muchas veces el cariño y la fidelidad conyugales, y se oyen frases picantes y groseras, irrespetuosas y deshonestas. . . .

Y no se me diga que esas óperas se suelen representar en un francés comprensible sólo para los franceses; que sus equívocos, sus chistes más diabólicos, sus frases de doble sentido, pasan inadvertidas para la mayor parte de la concurrencia; no. Nada importa que así sea: en estas representaciones poco caso debe hacerse del lenguaje, pues el movimiento, las actitudes, las señales, lo hacen todo. Se representan de bulto escenas que siempre pasan en la oscuridad, en el misterio, léjos de miradas humanas; escenas con las cuales se ofenden la moral y el pudor de la mujer, la fidelidad de la esposa, la candidez é inocencia de la niña, la dulce ternura de la doncella enamorada. . . .

Repito que este género de espectáculos es propio de nuestro siglo burlon y despreocupado; ¿pues á quién le había ocurrido ántes llevar á la escena las flaquezas humanas, no para corregirlas con ejemplos de fortaleza y de abnegación, sino para reírse de ellas y despertar en los ánimos vivos deseos de imitarlas?

¿Se dirá acaso que allí se busca la música, y que todos van por oírla y gozar con ella? Pero á nadie se le debe ocultar que no es ésta la música propia para el solaz de personas ilustradas y de buen gusto. Que quede, en buena hora, para esos desdichados que han arrojado léjos de sí todo sentimiento moral y piadoso, todo freno

de órden, de moderación y de cordura; para los que llevan una vida continuamente agitada por las pasiones, y se recrean y se complacen con la maledicencia; para los que sienten aversión hácia la santa paz del hogar, y la sustituyen con una existencia errante é incierta sembrada de peligros y amarguras; para los que huyen del matrimonio como tiranía insoportable, y reputan los deberes que impone de enfadosas y molestas cargas; en una palabra, que queden en buena hora los espectáculos bufos, para quienes se dejan dominar de sus vicios, los calaveras y los que deshonoran sus canas aplaudiendo y entusiasmándose con una diversion á todas luces inmoral.

Los católicos deben abstenerse de presenciar esos cuadros, por respeto á la religion y á la moral que profesan, por respeto á las buenas costumbres, ya bastante desarregladas por desgracia, y por respeto también á sí mismos y al culto de la verdadera belleza del arte.

